

Flores Cordiales



JULIA FONS

15 céntimos.

Biblioteca Regional de Madrid **Se publica los domingos.**

¡¡¡LEED!!!

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

Han encontrado las cinco erratas á que nos referíamos en nuestro anuncio del número anterior, y recibido de la Administración el importe correspondiente, los siguientes señores:

D. Antonio Gil Aragües, profesor de la Escuela Normal de Huesca.—D. Enrique Borrás, actor dramático.—Duque de Bailén, de Madrid.—D. Federico Planellas, sargento retirado de la Guardia civil. D. Inocencio Buendía, carabinero.

En el próximo número cometeremos otras cinco erratas, una en cada uno de los anuncios de cinco ejemplares distintos, y entregaremos el duro del ala á los afortunados que las encuentren.

NOTA.—El duque de Bailén ha dejado las cinco pesetas á beneficio de los pobres.

¡CINCO PESETAS POR QUINCE CENTIMOS!

¡¡Á CASARSE!!

Dos jóvenes franceses que acaban de terminar en París, uno, la carrera consular, y el otro la de medicina, desean casarse legalmente con mujer española.

Llegados á Madrid hace tres días exclusivamente para contraer matrimonio.

Sólo se requiere buena fisonomía y regular educación.

Escribid á este periódico mandando antecedentes y retrato.

ABSOLUTA RESERVA

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.^o

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.^o (es quina á la Puebla).

Flores Cordiales

SUSCRIPCION

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

Redacción y Administra-

ción: San Andrés, 19.

— Apartado de Co-

reos, número 48. —

GERENTE:

R. LÓPEZ MORA

DIRECTOR:

GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Por la anchurosa faz de la Península, libre, feliz é independiente, no se advierten más que señales de la protección especial que la Divina Providencia nos otorga. Aquí inundaciones y allá sequías; acá hambres y acullá pestes; bien se ve que el verdadero milagro de esta tierra privilegiada consiste en que quede un solo español

vivo ó un solo español con dos pesetas.

Afortunadamente, contra estos males crónicos, que van padeciendo una á una, en turno bien ordenado, todas las provincias, tenemos un poderoso remedio en la indiferencia de todos los castizos ciudadanos. Un hombre bien templado que se encoge de hombros ante toda adversidad es un hombre invencible. Ni los poderes celestiales ni los terrenos, ni las crueldades del azar, lograrán amilanarle ni vencerle; á lo sumo podrán matarle, y para este caso tenemos en el repertorio de nuestros refranes su buen par de docenas, que bien aplicados hacen de un hombre de cuerpo presente la cosa más graciosa y divertida de la tierra.

Así, á buena hora mangas verdes, que diría Sancho. En Málaga se hacen cruces cavilando por qué raro fenómeno de psicología nacional no ha habido en el hidalgo país que fuéramos, una explosión de dolor ante la tremenda catástrofe producida por el Guadalmedina desbordado, catástrofe que, como todas las españolas, se veía de venir, y por qué no ha caído sobre la región devastada una lluvia de pesetas, como cayó sobre Murcia y sobre Almería y sobre Consuegra, que padecieron menores daños y tuvieron menor número de muertos.

También en Toledo se hacen cruces cavilando por qué no ha surgido un movimiento de ira pública, al ver que se nos llevan dos cuadros del Greco, sin reparar que no hace mucho se nos llevaron bonitamente Cuba y Filipinas y Puerto Rico y unos buenos jirones de honra, que, mal que bien, eran admirables obras de arte de la Naturaleza y de la Historia. También en Cataluña andan haciendo aspavientos al enterarse de que la inundación de Manresa, á pesar de las fábricas destruidas y los campos arrasados, ha parecido al resto de la nación poco terrible y poco trágica porque no ha habido desgracias personales, como dicen los noticieros de sucesos.

Y el resto del país, que ahora no llora, ni gime, ni tiene de qué dolerse, esperando con calma que le llegue su hora y se le salgan de madre sus ríos, ve como la cosa más lógica del mundo que el Estado que padecemos, que no tuvo tiempo para pensar en la desviación del Guadalmedina y en la canalización del Llobregat, ni dinero en sus presupuestos para tales obras, se disponga á repartir un millón y pico, como derrama misericordiosa y limosnara, entre los desdichados de allí y de allá, que por ser tantos y tanta su desgracia tocarán á tres pesetas y media por cabeza, si les llega, salvo algún que otro cacicón ó ministril que se guarde lo que pueda y mucho más.

Y gastado ese millón y pico, reunido con tiras de nuestra propia piel, los ríos seguirán á sus anchas por los cáuces peligrosos que les trazó la Naturaleza, los pobres seguirán siendo pobres, y los muertos en la inundación — ¡claro es! — no resucitarán.

Y hasta otra.

De tal modo vamos convirtiendo esta inútil prodigalidad del Estado — útil sólo para los que hayan de mangonearla — en un suceso corriente, en invierno por la sobra de agua y en verano por la falta de ella, que las gentes se espantan ya cuando algún hombre de seso, de la escasa media docena que en todo el país hay, pide que se gasten durante algunos años cien millones en obras públicas y ciento en la Dirección de Agricultura, y en cambio les parece cosa ordenada y justa que el Estado, imprevisor y torpe y holgazán, ande de una provincia en otra consolando infortunios y remediando desgracias á puras limosnas, y esto un año y otro, imperdurablemente.

Después de todo, pensando cuerdamente y dejándose de garambainas europeizantes, cada provincia piensa que lo que hay que ser en este país para medrar un poco, es provincia inundada ó provincia filoxerada ó provincia reseca ó provincia devorada por la langosta. Con el agua al cuello, ó con un sol de justicia, el pobre pueblo lo pasa en todas partes lo más perramente que puede, y donde no muere de inundación muere de hambre, que es peor, ó como decía el clásico, de la melancolía del no comer, y en cambio otras gentes se arreglan, y todo queda en casa.

Poco á poco, las gentes se enterarán de esto y volveremos á crear en los presupuestos el fondo de calamidades públicas, y cada ciudadano aspirará al título de damnificado público, como se aspira hoy al título de bachiller, que para nada sirve, ó al título de abogado, que sirve para demasiadas cosas, y así le luce el pelo á la Nación.

Dionisio PÉREZ.

AL SEÑOR ALCALDE

Señor Alcalde Mayor,
¿nos dará usted la ventura
de librarnos del olor
que despide la basura?

Si el Gobierno al ciudadano
temprano le hace dormir
y levantarse temprano,
¿cómo podremos vivir?

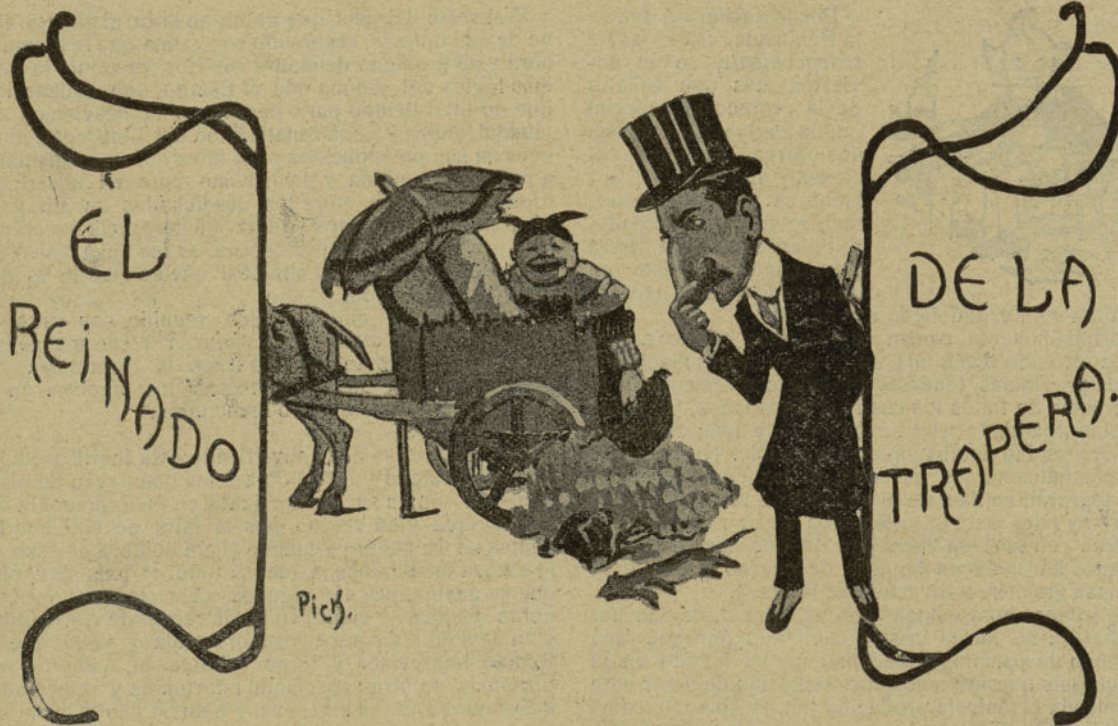
¡Cuánto, señor, desespera
y qué tormento se pasa
al topar con la trapería
cuando se sale de casa!
Junto al cadáver de un gato
se ve, en revuelto montón,
una suela de zapato
con pucheros de Alcorcón.

Mas en los tiempos actuales
de sublimes invenciones,
son faltas municipales
que critican las naciones.

Que pase en Constantinopla,
que de sucia tiene fama;
pero no aquí donde sopla
el cierzo del Guadarrama.

Por prescripción de la higiene
y por salvar nuestras vidas
amagadas, nos conviene
que al fin se tomen medidas.

Convoque usted á los ediles
para ver si en este otoño
salva de hordas traperiles
á la villa del madroño.



En un trozo de hortaliza,
que le sirve de sudario,
y cubierto de ceniza,
el cadáver de un canario.

¡La muerte y la porquería
mostrando la faz ascosa
de mañana, en cualquier vía
de esta urbe populosa!

Bien que allá en pasadas eras,
en las de Mari - Castaña,
se tolerasen traperas
en la capital de España.

Bien que en los tiempos de Cid
ó en los de Carlos Primero
consintieran que Madrid
fuese el primer basurero.

¿No logró con mano dura
que la casa de la villa
se quedase sin basura?...
¡Eso sí que es maravilla!

Su integridad se delata,
ilustre *seor* Presidente,
al lograr que ni una *rata* ..
pueda allí meter el diente.

Si en lo interior lo ha logrado,
¿por qué no lograrlo fuera?
¡Que pronto acabe el reinado
inmundo de la trapería!

Todo Madrid hoy le invoca,
ciudadanos infelices
lo esperan de Sánchez Toca,
que tiene muchas narices.

Francisco DE IRACHETA

EL ESPEJO

Siempre me infundieron los espejos una rara emoción de curiosidad y de respeto. Me asustan y, no obstante, me atraen. Son como ventanas abiertas á otra vida, por las cuales, de noche, resbalan estremecimientos extraños de luz, cabezas sin perfil.

Cualquier espejo, como aquel sobre que gira todo *El nudo gordiano*, es un delator. Estamos en nuestra habitación entregados á quehaceres íntimos, bien seguros de que nadie puede atisbarnos, y resulta que el cristal donde nuestro cuerpo se retrata

«... como el cielo se dilata
sobre el cristal de la fuente...»

se apodera de nuestra imagen, y colocándola sobre un rayo de luz la lanza muy lejos para regocijo de desocupados y mirones. Los espejos nos acechan, nos re-



prenden, nos dicen que vamos haciéndonos viejos, miden la curva triste de nuestro vientre, nos cuentan las canas... y cada vez que pueden reprocharnos un nuevo desperfecto físico diríase que una sonrisa cruel, muda y fría, tiembla en sus entrañas de azogue. Nada escapa al implacable poder analítico de su gran mirada sin parpadeos. Ellos lo conocen todo y todo lo critican con sinceridad dolorosa. Tratar de engañarles es inútil, porque saben más, mucho más, que nosotros. Ellos nos vieron tristes, alegres, desnudos: son nuestra conciencia hecha cristal.

Rosina, la heroína de mi historia (que historia reciente, y no cuento es lo que voy á referir), era poseedora, desde hace muchos años, de un armario de luna, uno de esos muebles que los abuelos suelen comprar para «cuando el niño crezca».

Aquel espejo había reflejado toda la historia de Rosina: él recibió las confesiones íntimas de su cuerpecito infantil, rectilíneo y asexual; más tarde copió las ampulósidades ¡ay! demasiado femeninas de su escultura, y

pareció bañarse en la nieve de su garganta, y en el carmín nacarino de sus pies, que por entonces comenzaban á gustar la embriaguez de los primeros bailes; más adelante la contempló feliz, vestida de blanco, sembrados de azahares los negros cabellos, los largos ojos hebreos bañados en el arcano pavor de las noches nupciales...

Ha transcurrido desde entonces más de un lustro, y todavía el célebre armario que la abuelita previsora compró «para cuando su nieta fuese mujer», adorna el testero mejor del *boudoir* de Rosina.

Hoy Rosina es una hermosura de veintiocho á treinta años; muy elegante, muy simpática, que si al revolver en el arcón donde guarda sus recuerdos de infancia tropieza con los azahares de su casamiento, suele quedarse triste. Y el origen de estas madrugadoras melancolías no debe buscarse en Rosina, que ella bien alegre y risotera fué siempre, sino en las traiciones del marqués, su esposo, un buen señor anacrónico, gordo y rojo, que á pesar de su cabeza monda, su abdomen desbordante y sus cuarenta y cinco bien cumplidos, suele deslizarse de noche hasta la cocina para pellizcar á las criadas. Rosina sabe esto y sufre. Muchas veces ha reprendido discretamente á su esposo, y él, que no es malo, prometió enmendarse; pero luego, desvanecida la impresión purificante del diálogo, ha vuelto á las andadas.

Y la joven llora, segura de que Don Alfonso es un fauno, feo y obeso, venido al mundo para ponerla en ridículo...

Días atrás Rosina se hallaba en su gabinete vistiéndose para ir á una sección *vermouth*. Estrenaba un traje gris, casi blanco, elegante y tentador. Ayudábala á prenderse los últimos corchetes una camarerita muy avispada, con uno de esos cuerpecillos traviesos que parecen caminar á saltitos. Era tarde. Rosina tenía prisa.

—¡Consuelo!

—Señorita...

—Dame las pulseras.

Y en seguida:

—¡Oye, Consuelo!

—Mande usted, señorita...

—Tráeme los guantes.

La doncella iba y venía ágil, ondulante, hallando complacencia exquisita en atormentar á Don Alfonso, que arellanado sobre una butaca, al otro extremo de la habitación, la miraba dulcemente, los sensuales ojos entornados.

En uno de aquellos revuelos que daba por la estancia Consuelito, pasó muy cerca del marqués, quien, no pudiendo reprimir la fiebre conquistadora de sus manos, la dió un azote allí donde las carnes de la mujer aparecen más curvas y sonoras. Y en aquel momento preciso... ¡oh, desgracia! Rosina, que acababa de abrocharse los guantes, levantó la cabeza, y el cristal del armario la tiró á los ojos la rapidísima escena de traición que acababa de desenvolverse tras ella. Fué una visión más cruel, más humillante, que una bofetada. La joven gritó colérica:

—¡Alfonso... Alfonso!

Y, fuera de sí, queriendo sustraerse al cuadro que formaban los dos culpables lívidos y paralizados de terror en el fondo del espejo, cogió una llave que vió sobre la chimenea, y de un solo golpe rompió el cristal revelador.

Con los añicos del espejo, la visión se borró.

Después, Rosina se echó á llorar; de vivir, su abuela hubiese llorado también.

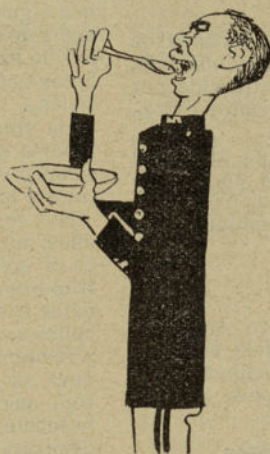
¡Abuela inocente! Ella no sabía que esos armarios de luna, que nos permiten mirar hacia atrás, suelen ser aciagos; porque no hay en la vida nada más peligroso, nada más triste, nada más desilusionador, que volver la cabeza.

Eduardo ZAMACOIS

LAS ORDENANZAS GRÁFICAS, por Karikato.



Artículo 18.—Aun cuando esté sin armas, marchará con despejo,



manteniendo derecho el cuerpo,



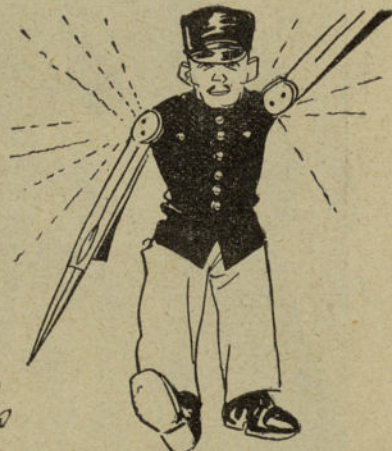
la cabeza levantada,



el pecho afuera,



los brazos caídos naturalmente,



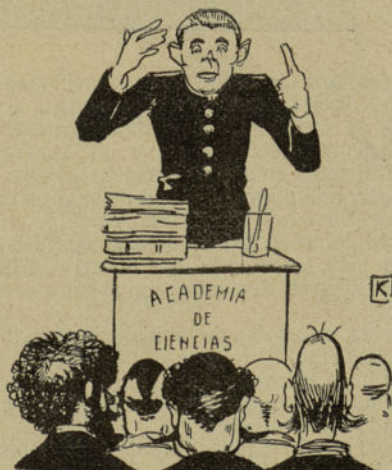
moviéndolos á compás sin incurrir en exageración,



el ros bien puesto y las rodillas tendidas;



porque en su airoso y natural manejo debe la tropa en todas partes distinguirse



y acreditar la instrucción que se le ha dado.

LOS PEQUEÑOS TRABAJOS

«Ganarás el pan con el sudor de tu frente», diz que dijo el Creador después de la calaverada de nuestros primeros padres.

Algo más, bastante más, debió decir, y hay quiena firma que entre otras muchas obligaciones que la turbación no dejaba comprender bien a los expulsados del Paraíso, se escuchó entre truenos tremenda profecía: «La mujer ha de parir y el hombre se ha de afeitar.»

¡Ahí es nada lo que encierra tan terrible maldición! El simbolismo no necesita desmenuzar las cosas: en esas palabras está la suma y compendio de los pequeños trabajos de la vida: duros como los de Hércules y eslabona los como las cadenas de Prometeo.

Imagina, lector, uno de esos ejemplares humanos que posee un vientre esférico surmontado por redondo es-



mandíbulas a la mano secular, si que también húmeda y fría del barbero, ¡qué espasmos al sentirla resbalar en la nuez y venir después a tomar entre dos dedos el labio, bajo el cual brota la mosca!

Y, sin embargo, en la dejación de la personalidad en manos extrañas encuentran muchos un placer sedante, y hasta les acomete el sueño reparador, sólo turbado al sacramental «Servidor de usted». Estos suelen ser hombres pasivos, materia hipnótica y sugestionable. Si las mujeres atendieran a su felicidad más que a su capricho, elegirían para maridos a los hombres que se duermen en manos del barbero. Por lo menos, llevan con paciencia la maldición divina, y la paciencia es el principal factor de la dicha conyugal. Pero no basta siempre: ¿quién sabe si por recónditos medios busca la desgracia deshacer la felicidad del matrimonio?

Uno de nacionalidad francesa ha estado a punto de usar la ley del divorcio. Ella, celosa, desconfiada, joven; él tranquilo, linfático, maduro; el barbero, de los que cogen con los dedos los labios del parroquiano para no dejar ni rastro de artillería, ni un cañón.

El marido, al volver a casa, da a su esposa el ósculo de amor; la esposa siente en la purpurina boca un tenue aroma de marisco; los celos estallan; la francesa exige explicaciones; el mismo marido no se explica aquel sabor acre y característico que él también saborea, inocente y sin culpa. No hubo merienda, ni tentación siquiera. A fuerza de protestas, volvió la paz al matrimonio, pero en ella quedó la duda, la terrible duda infundida por aquel sabor inexplicable.

Aquella duda sólo hubiera podido desvanecerla el barbero. Había comido percebes.

Luis BERMUDEZ DE CASTRO



tómago, á modo de espléndida calabaza, y hazte cargo de qué problema encierra el aseo y cuidado de las extremidades inferiores: cómo pueden llegar las manos armadas de tijera á la materia córnea, qué torsión de carnes, qué presión de vísceras.

Quitarse y ponerse una camiseta de invierno, es otro problema para gordos y flacos. Ni el automatismo individual, ni la ayuda piadosa de ajenas manos, aunque sean blancas, excluye á nadie de las fatigas de esa especie de desolladura simulada: agárrase el tejido á la epidermis, los codos dificultan el trabajo, y un momento antes de terminar la operación se pierde el dominio de todas las facultades; el hombre más fiera es un cordero con la cabeza tapada y los brazos en alto.

Bien es cierto que esta pérdida de la autonomía del individuo es frecuente en muchas necesidades de la vida: nos entregamos al sastre, que metro en mano nos abraza el tórax y nos cosquillea las piernas; nos concedemos al fotógrafo, que se hace dueño de nuestros miembros y hasta de nuestra mirada, y damos la cabeza al barbero para que use en ella tijeras, tenacillas navajas, peines y demás instrumentos de tortura.

Si el hombre es de los de toda la barba, ¡cuánta asiduidad para que no se convierta en bosque con su correspondiente fauna, y qué paciencia luego mientras la tijera dibuja el tenue desvanecido en la garganta!

Si se afeita solo, ¡cómo deja en la cara la navaja la huella de los disgustos de familia! Y si entrega sus

El conde de las Tres Almenas ó la voz de la conciencia.

(CAMELO EN CUATRO ACTOS)



Rodeado de *conferi* y de atentos, afectísimos y seguros servidores, vivía dulcemente en su castillo, el conde de las Tres Almenas.



Entre la nobleza se murmuraba que el conde estaba retraído, siendo acaso la causa el casamiento de una linda princesa que era el apoyo del pueblo.



Como el conde amaba mucho la limpieza de la sangre, preguntó si en su historia había alguna mancha: «¡Ninguna, señor! El haber sido bandolero antes que título es cosa que cae por fuera.»



Al escuchar estas flores, el conde meditó un rato, y al cabo exclamó:

«A veces, la voz de la conciencia está completamente afónica.»

ARTICULO MAXIMO

Voy á escribir un artículo hablando de un maestro: de Jacinto Benavente.

Y ya se sabe el adagio, que á fuer de castellano es incisivo y franco, *al maestro, cuchillada*.

Ahora, con motivo del cierre de los cafés y de las tabernas, madrugó. ¡Loado sea el Sr. La Cierva!

Ya me he lavado y me he planchado, ya estoy en la mesa de trabajo; leo con fruición, porque es libro moderno que he puesto en mis escogidas obras contemporáneas: *La Embajadora*, novela muy humana de Ramón A. Urbano, á quien no conozco de vista, ni falta que me hace; pero como en ella habla de cosas que importa saber á las gentes, no me duele declarar que me deleito con ella.

En este momento me entran los periódicos de la mañana: *El Imparcial*, *A B C*, *El Liberal*, *El País*...

Desdoble *El Imparcial*, y leo una cosa de Cavia y otra

de Barbadillo; después desdoble *A B C* y me tiro á la cara una cosa de Benavente, que ya conozco de *El Cuento Semanal*: es un refrito, como decimos los clásicos.

Es otro golpe á la *Historia de Otelo*, y esta historia ya me indignó á mí en su primera lectura, cuando apareció con el mismo título, bajo el epígrafe general «La sonrisa de Gioconda».

Ya anunciaba que era un acto; pero cuidando de no decir de qué era el acto. Ahora ya lo sabemos.

Era un acto que habría de representarse.

Nada de esto es lo que me indigna; al revés, esto es cosa de agradecerse á Benavente, porque sienta jurisprudencia, y es un legítimo desquite.

¿No se reproducen por ahí los artículos, sin que á sus autores les valga nada? Pues bueno es que comience la era de cobrar tres ó cuatro veces lo que se vende de una vez.

A mí lo que me indigna es la doctrina sustentada por Benavente.

Como la literatura no es como la música, que hay que

pagar derechos cuando se reproducen cierto número de compases, yo voy á reproducir las líneas de la labor de Benavente que me han indignado. Dicen así:

VIAJERO.—¿Y usted se aburre en esta soledad?

SEÑORITA.—No tengo más entretenimiento que la lectura.

VIAJERO.—¿Lee usted mucho?... ¿Novelas?...

SEÑORITA.—No; ahora perfecciono mi inglés, que casi tenía olvidado... Vea usted, leo á Shakespeare. (Nada más á propósito para perfeccionar el inglés un extranjero que leer á Shakespeare: es lo mismo que si un inglés para perfeccionar el español leyera á Cervantes, y para perfeccionar el francés á Rabelais ¡Adelante! Es una cursilería de autor consagrado.)

VIAJERO.—*Otelo*... Llorará usted la triste suerte de Desdémona.

SEÑORITA.—¿Por qué? Fué amada con pasión, con locura; murió inocente... No digo que su suerte sea envidiable; pero yo lo prefiero todo á vivir sin pena y sin gloria.

Hasta aquí el diálogo, y ahora digo yo:

Esta señorita, que vive sin pena y sin gloria porque á ella le da la gana, porque no hay nada más fácil que vivir con penas á cambio de un poco de gloria, y con gloria á fuerza de penas, prueba que es una señorita perfectamente tonta del todo, á pesar de leer á Shakespeare para perfeccionar su inglés.

Esta misma señorita condenará luego á Paco el *Flexible* porque ha dado una puñalada mortal á la *Chula del calcetín*, con motivo de unos celos más ó menos fundados; aquí el fundamento no hace al caso, y ante esta doctrina, dada como buena, vengo yo á decir que es mala, aunque la poetice William Shakespeare ó su señor padre.

Otelo, en su historia, es un animal, y Desdémona una

de tantas mujeres que mueren sin deber morir, aunque delincan.

Si todas las mujeres que aman se cobrasen las infidelidades matando, á estas horas el mundo se compondría de señoras solas, y de unos cuantos Benaventes para aplaudir la obra.

Los celosos que asesinan son unos perfectos miserables, porque matan al ser que más y mejor les ha hecho sentir, y este delito no se paga con el vil garrote.

Ni merece tenerlos en cuenta, ni mucho menos cantar sus proezas.

Si Shakespeare no hubiera escrito *Las alegres comadres de Windsor* y *Comedia de equivocaciones*, para mí sería una especie de Arniches en colaboración con López Silva, cambiando el ambiente social en sus producciones. ¿Qué más da Otelo que Juan José?

Yo siento discrepar de este arte en que hay que matar á alguien por fuerza. Creo que la misión del literato está en demostrar que se puede vivir muy bien ó muy mal; pero vivir sin matar á nadie.

Como creo que la señorita del *Diálogo* de Benavente, hace muy mal, muy mal en no llorar la triste suerte de Desdémona, porque es una suerte que deben llorar todas las mujeres, aunque no sea más que por un *por si acaso*.

Después de glorificar al animal de Otelo, ¿quién no teme la agresión de un organillero en busca de gloria tan fácil?

Hecho este artículo, me quiero morir con la tranquilidad de haber demostrado la labor cursi del pluscuamperfecto superdramaturgo inglés y de sus pequeños discípulos.

A la vida se viene á vivir, y á dejar vivir.

Y después de esta sentencia exclusivamente mía, que vengan filósofos, sabios, poetas, genios, tontos, artistas y demás desequilibrados

Félix MÉNDEZ.

LOS INDISPENSABLES

EL TABERNERO

Alegre, dicharachero, servicial como el primero, formal, atento y cortés, de todo el comercio es honra y prez el tabernero.

.....

Con asombrosa presteza y con suma maña y tino que acreditan su destreza, despacha copas de vino, de aguardiente ó de cerveza,

procurando siempre usar todas las formas más finas posibles para agradar. Eso sí, sin olvidar el jarro de las cortinas.

No existe conversación, entre un chico y otro chico, en que él no dé su opinión. No siempre tendrá razón absoluta; ¡pero *pico*...!

A la parroquia atendiendo, y charlando sin segundo, á todos va complaciendo. Entretiene á todo el mundo, y el mundo... pues va bebiendo.

Si se arma una discusión, él al momento interviene, y con mucha discreción, y... con unas copas, tiene terminada la cuestión.

Y en cuanto que ha comprendido que un amigo *ha concluido* con los cuartos, dice así: Pero qué, ¿te marchas? ¿Sí? Pues toma algo. Te convino.

.....

Ahora voy á transcribir, citándome á la verdad, lo que ha días pude oír á un tabernero decir del tema de actualidad:

«Aunque se llegue á poder cerrar todo lo *cerrable*, (con Don Juan lo espero ver), la *tasca* siempre ha de ser una cosa indispensable,

pues bien se puede argüir, sin ánimo de mentir, que para muchos, la vida, no es vida si no hay bebida: no beber es no vivir.

¿Que llegan ciertas *deshoras* de la noche, y no hay quien pueda

soplar? ¿Y qué? ¿Es que no queda tiempo en diecisiete horas? ¡Por algo este mundo *rueda*!

¿Que nos cierran por la tarde los domingos? Pues bien va. ¡No debe importarnos *na*! El que quiera, que se guarde, que ya se desquitara.

Así que yo no comprendo, ni me explico, ni lo entiendo, á qué viene el protestar del cierre, y el no cerrar; porque, ¿qué vamos perdiendo?»

.....

Esto es lo que el otro día un tabernero decía del tema de actualidad, y no cabe más verdad ni mayor... *filosofía*.

.....

Alegre, dicharachero, servicial como el primero, formal, atento y cortés, de todo el comercio es honra y prez el tabernero.

Por el reclamo,

Francisco MOYA Y RICO

HOJA COMIC

POLITIQUEO

Los toros sirven de alimentación al pueblo soberano, y su piel substantiva facilita materia á la industria, cumpliendo los deberes que el orden natural impone; por lo demás, esos bichos hacen bien metiendo el cuerno al primero que pescan por delante.

Tal es la teoría que aplica el Sr. Maura á los derrotes que el alcalde de Madrid tira, buscando el bulto al Gobierno, con la desgravación de los vinos.

Sánchez Toca, como representante del Gabinete, acata las leyes que se le dan; como ciudadano, tiene libertad para sacarle el mondongo al compadre Osma, parte integrante del propio organismo político.

Mala la hubiste, Don Antonio, con Romanones, que cogió el argumento liando completamente la madeja ministerial.

La travesura del conde y la de Sánchez Toca se saludan y se comprenden.

Ambos han resultado hermanos de leche...

*
* *
*

Y el cepa de Hacienda sigue impertérrito arrancando la piel adjetiva á la Corporación municipal de la villa y corte.

Agarrado á los pámpanos, desliza su existencia de mosto, dulce, embriagadora, bailoteando números, armando dentro de su cerebro cuasi sajón soberbia contradanza de bocoyes, que van y vienen pletóricos de zumo de la vid, alegría del mundo si no saltaran Ciervas tumbando toneles, sembrando tristezas.

Dios pagano es Don Juan, que le suelta cuatro patás al *tabernáculo*, donde el bebedor coloca el ara de su albedrío.

Lo peor es que no surge ningún Ciervo...

El Gobierno propone... y el bs



Y DICE LA CIERVA.—¡La senci

CO-POLITICA

os Baço dispone, por Tovar.



ción no puede ser más airosa!...

He permanecido atento, y no he visto que los franceses, embarazados por las tropas españolas de Casablanca, hayan dado á luz ningún plan que ponga remate á la situación de Marruecos.

Acaso necesitan friegas, y no sería malo mandar á madame Du Gast que haga de comadrona.

Quizás esperan el *fórceps* de Guillermo de Alemania.

*
*
*

Después del solfeo que dió al coronado marido, la ex-desgraciada princesa Luisa se dedica á volver las hojas de las partituras que públicamente ejecuta el violinista que recientemente la hizo su esposa.

Mi simpatía va detrás de la mujer que besa amorosa las mejillas del varón que al parecer ha logrado sondearle el fondo, tal y cual ella ansiaba.

Las cuerdas armónicas del estradivarius tendrán más poder que el dogal regio, lanzado al cuello de la abandonada...

El canto llano del monarca le hastió, y tras las amarguras de la persecución cruel, halla al fin quien, excelente músico, sabe apretar á conciencia las clavijas...

*
*
*

Refiere un telegrama que cuatro señores pertenecientes á la aristocracia portuguesa han entablado demanda diplomática contra un pastor y doscientas ovejas, que estaban en la frontera y espantaron los caballos que aquéllos montaban.

Ben feito.

Es imposible tolerar la aviesa intención de los borregos, que, sin respeto á la sangre azul, asustaron los corceles.

¡Beeéé!

Gonzalo DE QUIRÓS.

LOS PEQUEÑOS PROBLEMAS

LO DIFÍCIL QUE ES COLOCAR UN CUADRO

Con aire resueltamente gallardo y balanceos de hombre orgulloso de su misión en este mundo, penetró en su casa de vuelta de la oficina, Don Saturno, excelente persona con doce mil reales á la vista en Hacienda.

La mujer como siempre, salió á recibirle al rellano de la escalera, presentándole sumisa sus dóciles é inflados carrillos, para que Don Saturno estampase en ellos dos estruendosos besos; que aún tenía nuestro héroe el corazón novio, y eso que daba á la espalda buenamente sus labrados veintidos años de maridaje.

La esposa, al verle, sonrió, batiendo sus manos y empujándose sobre sus pies con coquetería impropia del archivo de sus cincuenta primaveras.

—¡Una sorpresa! ¡Una sorpresa! —le dijo — ¡Si lo aciertas, te regalo una cosa!

—¡Qué se yo! —Don Saturno dió una vuelta á sus ideas. — ¡Ah, sí! ¡me lo figuro! ¡Arroz con leche!

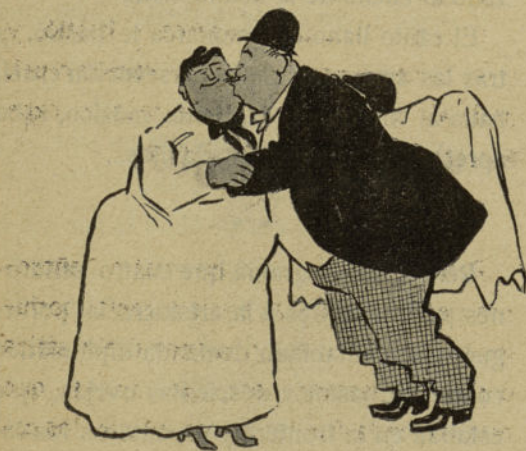
—¡Cál! ¡Otra cosa! ¡Tonto! ¡Mira!

Y conduciendo amable á su marido al gabinete, destapó una tela, debajo de la que había un cuadro al óleo, un magnífico paisaje esquimal, cosa que á Don Saturno le llamó siempre la atención.

¿Pero á qué se debía la compra del óleo, firmado por un tal Zorrategui?

Fué un acierto de la cónyuge de Don Saturno.

Faltaba en uno de los testers del gabinete algo para que hiciese juego con dos horribles acuarelas, pasadas por una inundación de pintura, y la buena señora, al regresar de sus compras matinales, no halló cosa mejor que el paisajito esquimal, que era en su clase una obra maestra.



Don Saturno abrazó á su esposa con entusiasmo, adivinó su gusto, halló lo que le faltaba en el gabinete. Y haciendo honor al lienzo, quiso colocarlo personalmente y en el acto; pero su esposa se lo impidió, obligándole á que almorzara primero, que el pobre estaba en una taza de café desde las siete de la mañana.

—Sí,—decía Don Saturno, dirigiendo afables miradas desde la mesa del comedor á la parte que se des-

cribía del gabinete, donde se iba á colocar con gran solemnidad el cuadro. — Sí, ahí entre los retratos de tus padres estará muy bien. Es el mejor sitio, porque en la pared de enfrente no me arma.

Don Saturno comió con prisas, impaciente, hasta no ver en su sitio el cuadro.

Rumiando aún el postre, se levantó, dispuesto á colocar aquella obra maestra.

—¿Quieres que te ayude? —le dijo su esposa.

—¿Para qué? ¡Yo solo me basto!

—Pero quítate la americana, amor mío, que te vas á llenar de polvo.



—Tienes razón. ¡Venga un martillo!

Y lo pidió con el imperativo gesto de Byron cuando exclamaba:

*¡Lira, déjame en paz!
¡venga una espada!*

—¡Venga un martillo! En un momento está.

Pero costó un triunfo encontrar el martillo, que además se salía del palo con frecuencia, y era necesario emplearle con cierta discreción.

Ya Don Saturno con el martillo en la diestra, echó de ver que no tenía clavos.

Fué la portera, y los que trajo no valían. Don Saturno puso un gesto de cómica contrariedad.

—Lo que necesitas para sujetarlo bien son unas escarpas,—avisó la voz razonable de la esposa.

—Tienes razón. Que vaya la portera por las escarpas.

En el intervalo, Don Saturno cayó en la cuenta de que para colocar el cuadro necesitaba una escalera. Mandaron á la criada, que recorrió todos los pisos; pero nin-

gún vecino tenía lo que tan indispensable era á nuestro hombre.

Se arregló la cosa colocando una silla de la cocina sobre una mesa, que como no estaba muy segura y Don Saturno pesaba los noventa y cinco corridos, trajo en gran cuidado á su mujer.

Volvió la portera con las escarpas, pero como la esposa de Don Saturno no podía moverse ocupada en sujetar la mesa, la portera tuvo que quedarse para ayudar á Don Saturno á colocar el cuadro; mas en la primera prueba, hubo que pedir auxilio á la criada, pues hacían falta dos personas para sostener el paisaje, mientras Don Saturno iba colocando las escarpas; y ¡oh terrible contrariedad! cuantas clavaba tropezaban en los ladillos del tabique, doblándose.

Hubo que mandar por más escarpas y recurrir á la vecina del segundo y á su chico para que echasen una mano, porque la esposa de Don Saturno ya se cansaba de estar en pie tanto tiempo.

Por fin, después de un viaje de exploración por el tabique, y de agujerearlo todo, halló Don Saturno lugar fácil para que las escarpas entrasen, y se dispuso á martillar de firme, rodeado de seis ó siete personas que tomaban ya parte en la operación. Pero al dar un golpe recio, el martillo se salió del palo y fué preciso empalmarle con un alambre. Tan nervioso se puso, que daba una en el clavo y ciento en sus dedos, y al soltar una relativamente enérgica exclamación (que Don Saturno era incapaz de lanzarlas rotundas), se le cayó el martillo al suelo, haciendo cisco un jarrón que tendría sus treinta ó más años de hospedaje en poder de su esposa.

Nuestro hombre tuvo que descansar tres ó cuatro ratitos; un sudor se le andaba y otro se le volvía, y estaba mareado con la delicada y difícil operación en que se

había metido, para la que, según declaró al principio no necesitaba la ayuda de nadie.

Por fin, llegó el momento sensacional: ver si quedaba el cuadro derecho y guardando simétricas distancias.

Todos pusieron á prueba su buen ojo, y después de un «Córralo usted más, un poquitín hacia la derecha, súbalo hacia la izquierda, más hacia donde está su señora, puede colocarlo en firme», Don Saturno respiró.



Pero su desesperación fué infinita cuando, retirándose hacia el fondo para gozar del efecto, notó que el cuadro tenía una horrible inclinación hacia la derecha: Y es que colocar bien un cuadro, es uno de los pequeños problemas más difíciles de resolver.

Luis GABALDÓN



—¡Ay, la vértiga, qué bien güele!



Dos que mirándose están,
dos que se dicen ternezas,
dos ya perdidas cabezas,
dos que al fin se arreglarán.

ESCENAS BATURRAS

(DIBUJOS DE GASCÓN.)



—¿Qué ice la Anastasia?
—Pues que me traigas de Zaragoza media arroba de cáñemo pa hilar este invierno.
—Corriente. No te faltará el encargo.



—Oye, Lupercia.
—Aguarda, mujer, que estoy poniendo esto en orden, no se me trabuquen las cuentas.
—A ver si me traís el arroz y las especias, que ya si acerca el matapuerco
—Ya, ya se que tú estás bien llevadica.



—Chiquio, traime sin falta una cabezada pa la burra lo mesmo que ésta. A la güelta arreglaremos cuentas.
—Conforme... ¡Rediez! Como no sé de letras, tengo la cabeza como una grillera con tantas encomiendas.



—Gracias á que con esta triquiñuela mía se van tós los papeles que no tién perras y me quito de la cabeza un sin fin de cavilaciones.
¡Ah! Si yo no fuá tan estuto...

HABLANDO CON EL BOMBERO...

INFORMACION TEATRAL

—Hola, amigo, ¿cómo va ese servicio teatral?
—Ya lo ve usted, señor Yago: por ahora vamos tirando del repertorio.

—Verdad es que las novedades se hacen esperar.
—¡Hum, hum! Para algunas de ellas es muy posible que fuera mejor que «estuvieran durmes».

—¿Por qué?
—Pues muy sencillo: porque pudiéramos salir á silba por estreno, y usted no puede figurarse qué espectáculo más desconsolador ofrece un escenario del género chico y del grande cuando los *morenos* vienen con mal vino.

—Sin embargo, las listas publicadas por todas las empresas comprenden obras, al parecer, muy notables y con firmas muy acreditadas.

—¡Anda la diosa! Cuando suena la caja de los truenos, lo mismo sufre el revolcón un gran dramaturgo que un *currinche*. Y si quiere usted que le diga la verdad, esa misma plétora de obras y de autores es lo que me tiene más escamado. Con seguridad, que el cincuenta por ciento de las novedades anunciadas han sido cazadas con Mauser; luego vienen las dichas refundiciones, que me recuerdan esta redondilla, dedicada á un refundidor impenitente:

Refundidor baladí,
bárbaro de buena fe:
ya que refundes, ¿por qué
no te refundes á tí?

—Y por último, las producciones sicalípticas, sin las que no puede pasarse cierto *publiquito*.

—Sí, pero ahora con esta oleada de moralidad que nos ha traído el cacique de Mula, no hay cuidado de que impere el género pornográfico.

—Verdad es que ahora estamos atravesando una época benéfica para las buenas costumbres. Parece imposible que quien haya traído esta situación, sea el hom-



Srta. Julia Fons, del Teatro Eslava,
en *La alegre trompetería*.



Srta. Manso, del Teatro Eslava,
en *La alegre trompetería*.

bre más cursi que nos han enviado en muchos años las provincias.

—¡Cursi el Trepoff-La Cierva! Es la primera vez que oigo una cosa semejante.

—Porque no estaba usted en el Teatro Real al día siguiente en el que dicho señor tomó posesión del Ministerio de Instrucción pública, durante la anterior etapa conservadora.

—¿Qué pasó? A ver, cuente usted.

—Mire usted, señor Yago: yo, aunque soy bombero, rindo culto especial á la galantería, y por este motivo no me permitiré contar la anécdota en todos sus detalles. Pero lo que sí puedo asegurarle es que la gente del segundo turno y todos los que estábamos entre bastidores tuvimos juerga para rato.

—Sea respetado el secreto profesional, y no insisto. Una pregunta para terminar: ya habrá usted visto que en el Teatro de Lara vamos á celebrar las bodas de oro de Balbina Valverde.

—Sí, señor, ya he visto el anuncio.

—¿Qué obra le parece á usted más adecuada para una solemnidad semejante?

—Deje usted que reflexione... A mi entender, el amigo Yáñez debiera dar el gran golpe resucitando *Los polvos de la madre Celestina* ó *La pata de cabra*. ¿Qué le parece á usted la idea?

—Excelente, y máxime ahora que tanto abundan los señores parecidos á Don Simplicio Bobadilla y Majaderano Cabeza de Buey.

—Usted lo ha dicho.

—Vamos á ver, amigo bombero, enchufe usted la manga de la verborrea y cuénteme lo que pasó en Eslava.

Mi interlocutor baja las manos hasta el fondo de los bolsillos, arquea el lomo y se abre de piernas, afianzando bien el tronco sobre los remos.

—Pues sepa el señor *Yago* que San Ginés debió pasar muy mal rato la noche del lunes con *La alegre trompetería*. Presumo que abandonó la peana y se fué huyendo de la vecindad.

—Hombre, venga de ahí!

—¡El desmiguen, compadre! *La alegre trompetería* es un verdadero incendio. Tentado estuve alguna vez de soltar el chorro.

Paso, Lleó, Muriel y Vila se pusieron de acuerdo, ¡y la descoyuntación!

Forraje literario verde, atrozmente verde; música bulliciosa, de caldeo, invitando al público á destrozar aquel florido jardín de mujeres; carnes al desnudo; la Fons, golondrina pidiendo nido; la Manso, cacatúa pregonando amores; Pura Martínez, zarandeando el parche; Carmen Andrés, armando á Cupido broncas; la Sánchez Jiménez, estirando el pescuezo á los espectadores. El coro... ¡Ah! cada chica de las salidas á escena, esplendorosa, insinuante, abarcaba la sala, cual pulpo que extendiera sus tentáculos agarrando presa.

—¡Caramba!

—Sí, señor. Y los concurrentes masculinos entrando, y la obra triunfante, y la diosa Sicalipsis tirando sal y pimienta y dejando manco al propio Vadillo que se hubiera presentado allí. ¡Oh! y la...

—Basta,—tuve que decir al bombero oliéndole más de diez copas en el cuerpo.

Llegó el transpunte y le pasó la mano por la cabeza descubierta.

—¿Qué has hecho del *chapeau*?—le preguntó.

—Me lo ha quitado Rita la florista,—contestó—. Voy á pagarle una botella, pero que me devuelva el *casco*... Y desapareció.

Por lo visto, *La alegre trompetería* durará, produciendo canas infinitas...

Al día siguiente vi al truhán ya divorciado de la regular papalina.

—Escuche, ¿qué le parece *La patria chica* de los Quintero y Chapí en la Zarzuela?

—«Asúca», diré recogiendo el estilo andaluz, aunque también allí hay aragoneses que podrían exclamar: «¡Rediós, mu güena!»

—¿Sin lunares?

—Psch... Una miaja larguica, defecto que ya corrigieron, y un asunto, que, á no tener la gracia fina de sus autores, hubiera proporcionado disgustos. Hay algo que sale del marco contenido por la belleza del lenguaje y la preparación admirable de las escenas.

—¿Y Chapí?

—Colosal. La partitura describe, punto á punto, nostalgias del rincón nativo, jugueteos del carácter malagueño, verismos del temple zaragozano, conjunto de notas que obligan á sujetarse el corazón con las dos manos.

—¿Y el desempeño?

—Morrocotudo. El dúo de Joaquina Pino y Meana disputándose las excelencias del suelo que les vió nacer, soberbiamente cantado; Pilar Pérez solicitando una canariera de oro y Rufart, *inglés*, Gil Rey, Tojedo y Gonzalito, toreando hasta los propios morros de la res. En banderillas...

—¿Estás loco, bombero?

—¡Ah! Perdona, se me marchaba el caletre al circo taurino... Total, que *La patria chica* satiriza debidamente los excesos ultrarregionalistas y toca sin barbochos exaltados el sentimiento de la nacionalidad. Un triunfo completo que las *mehallas* de las alturas acompañaron de bravos y palmadas.

—Entonces, mi enhorabuena á la empresa y abur.

—Abur, Don...

YAGO.



Sr. Rufart, Srta. Pino y Sr. Meana, del Teatro de la Zarzuela, en *La Patria Chica*.

—¡Mal se encuentra esta ciudad! —se dijo. — Jamás vi pueblo alguno en semejante situación: apenas hay familia que no halle casi toda encarcelada; vacíos están los hogares; las calles aparecen desiertas; el tráfico y la industria muertos. Es preciso que esto sea resuelto satisfactoriamente.

Y sin pensar más, dirigióse al palacio de la reina, llegando frente al edificio en el momento en que la soberana salía para hacer su visita matutina al Museo. Saludó ceremoniosamente á la reina, y diciéndole su condición de extranjero la pidió permiso para visitar el Museo.

Concediósele la soberana haciéndole una sonrisa de agradecida y contenta, y diciéndole:

—Venid conmigo; quiero honraros de esta manera, ya que parece que sólo vos concedéis al Museo la importancia y el valor que tiene.

Y agregándolo á su séquito, dirigióse la reina á los salones de la institución que había fundado, que, como de ordinario, encontró desiertos de gente.

Inspeccionó detenidamente los objetos coleccionados el extranjero, y dijo al cabo á la reina:

—¿Vuestra Majestad me consentirá contribuir al enriquecimiento del Museo? Quizás de esta manera vuestros súbditos se decidan á visitar estos salones.

—Acepto el ofrecimiento que me hacéis, —respondió la soberana. — Aunque creo que ya contiene objetos de valor, quiero añadir á ellos cuanto pueda contribuir á aumentar el interés de este Museo.

—En ese caso, señora, con vuestra autorización me retiro.

EL MUSEO DE LA REINA

POR F. R. STOCKTON

Érase una reina tan amante de su pueblo, que sólo para él vivía. Y á este pueblo, que era muy ignorante, quiso la reina arrancarlo de la pobreza de espíritu en que vivía, y fundó un Museo, en el que reunió miles de objetos, que llegaron á formar hermosa colección.

En este Museo cifraba su orgullo aquella reina, que puso todo su afán en el éxito de la institución. Diariamente recorría los espaciosos salones del edificio en que estaba instalado, é inspeccionaba los objetos allí guardados. Pero la reina sentía el corazón oprimido y el alma apenada: el pueblo no concurría al Museo y parecía que había olvidado la existencia de él. Sólo alguna que otra persona, y esto cada tres ó cuatro días, llegaba hasta aquellos salones y detenía sus ojos en los objetos de la colección; la gran masa popular no sentía por ella el menor interés.

Creyó la reina que este desvío de sus subditos pudiera obedecer á cierto escaso valor de los objetos coleccionados, y haciendo una minuciosa inspección de ellos desechó algunos y despachó emisarios á todas partes del mundo para que, á cualquier precio, adquiriesen lo mejor que encontrasen en las ciudades que recorriesen.

Regresaron los emisarios cargados de los más valiosos y hermosos objetos, y con ellos enriqueció la reina su Museo. ¡Vana esperanza la que en él tenía puesta aquella soberana para elevar la inteligencia de su pueblo! Éste seguía sin acudir á los salones de la institución.

Á qué pudiera esto obedecer ni siquiera lo imaginaba la reina; y como viera que ni aun disponiendo atractivos en el recinto del Museo acudían sus subditos, apesadumbrada primero, enloquecía después, dió un edicto para que fueran encarceladas todas las personas, excepción hecha de los niños, que no se interesarán por la institución.

Gran sensación produjo esta orden en la ciudad. Y aunque por virtud de ella algo aumentó la concurrencia al Museo, el pueblo continuaba brillando por su ausencia. La reina hizo cumplir rigurosamente el edicto, y no centenares, sino miles de personas, fueron reducidas á prisión, aun sin exceptuar á aquellos hombres cuyos trabajos sirvieran de medio de vida á sus familias, á los cuales la reina les dispensaba la libertad solamente durante el día, pues las noches habían de pasarlas encerrados bajo la vigilancia de sus policías. Y así resultó que pronto no hubo espacio en las cárceles para tanta gente como á ella fué llevada, habiendo necesidad de crearse en distintas partes de la población varias priso-

nes temporales que albergaran á los rehacios ú obstinados en no adquirir cultura é ilustración.

**

En tan triste situación de la ciudad, acertó á llegar hasta ella un extranjero, á quien desde luego sorprendió ver tantas cárceles en aquella población.

Aproximóse á una ventana tras de cuyas barras vió á un respetable ciudadano, y le preguntó lo que significaba semejante estado de cosas. El ciudadano le informó de todo muy extensamente, y con lágrimas en los ojos añadió estas palabras:

—¡Oh, señor! ¡Es que el Museo no puede interesar á nadie! Yo he pretendido, en vano, fijar en él mi atención, y no lo he conseguido, por más que al servicio de ello he puesto mi voluntad. ¡El Museo no vale nada, á pesar del dinero gastado en la colección de los objetos que contiene!

Despidióse el extranjero de su interlocutor, y siguió su camino por las calles de la ciudad, que encontró casi desiertas. Al volver una esquina, topóse con una mujer que iba pálida y llorando amargamente. Detúvola el viajero y la preguntó la causa de su pesadumbre.

—Señor,—dijo la mujer—tengo á mi esposo y á mis hijos mayores en la cárcel, á donde se los llevaron los soldados de la reina porque no visitaban el Museo: fueron una vez, y no volvieron porque las instalaciones allí hechas carecen de todo interés.

Consoló como pudo el extranjero á la llorosa mujer, y continuó su visita por la población, donde encontró casos repetidos de los que acaban de relatarse.

BUZÓN

Fray Sindulfo.—Córdoba.—Escojo el más bonito cantar:

«Tienes, niña, unos ojos
que parecen dos luceros,
son los ganchos para atraer
los corazones sinceros.»

No deje usted, querido *Fray*, de repetir. Sus versos curan los esparavanes.

M. M. G.—No devolvemos los originales. Repita cuidando la forma.

J. R. S.—Sevilla.—«Alma adentro» tiene cosas. Mas son tristes, y FLORES CORDIALES desea que nadie lllore.

F. T.—Zaragoza.—Se le ha olvidado el nombre. Agréguelo y dése por contestado.

J. G. F.—Cazalla.—Son ingeniosas las *Etimologías*. Corrija varios defectos de construcción, encoja los versos largos, como por ejemplo:

«Los sabios que florecieron
en siglos más que éste felices»,
y mándelo. Ya veremos.

Toribio.—Badajoz.—«Ella bajaba á la puerta, yo llegaba tarde y siempre me ponía tibio...»

Saca la lengua, *Toribio*, y déjate de andanzas literarias.

P. M.—Guadalajara.—Estire las dos últimas estrofas, componga la rima de las tres restantes y luego léaselo todo á la novia.

Manchego.—Ciudad Real.—¿Qué ángel no se escribe con h ni púrpura con l? Perdóne, ya lo tendré en cuenta.

Fra Vargas.—Su *Esperanza*, no está del todo mal aunque por ahora le salga fallida. «Las nubes teñidas de dulce arbol» es cosa de confitería, y aquí lo que se necesita es literatura y gracia. Ello no empece, para que siga mandando cuanto quiera y ya procuraré servirle.

A. M.—Lástima que el diálogo tan ingenioso que envía no tenga factura publicable. Arréglole á ver, á ver...

M. C. S.—Va una.

R. R.—La Línea.

«Los ojos azules de mi amada
son brillantes de esplendor,
enamorados como un baúl
que convidan al amor.
Parecen la primavera
de la bella Andalucía,
sus pestañas son la pradera
que recuerda el alma mía.
Son dos pedazos de cielo
desprendidos del espacio,
deja que bese con anhelo
esos tus ojos de topacio.»

Ya tiene ahí publicados los versos. Si se los lee á la chica, la estropea usted el topacio de los ojos.

E. L. D.—Benavente.—No queremos meternos en sotonas de once varas. Varíe de tema.

Mochales.—Bilbao.—«Poesías de lance» necesitan más miga. Búsquela; de fijo que la encuentra y yo la aceptaré.

Rougón.—El asunto de «Flores tempranas» le hincha á cualquiera los carrillos y no conviene.

Andrés Sperelli.—Escribe usted bien, pero es inocente la moraleja del cuento. Hay que coger substancia. Venga.

L. Zaragoza F.—Fijese en que nuestro semanario viste galas de fiesta y en que las gasas melancólicas que usted trae, á pesar de ser buenas, no cuadran. Repita cambiando el color.

Don Ramiro.—Cartagena.—Si Argensola viviera le soltaba á usted dos pescozones por *caco*.

Marclave.—Asturias (*Grado*).—Por algo se empieza. Cultive la forma.

El Riojano.—¡Relogroño! ¡Eso es demasiado rojo! No aderece las poesías con pimientos morrones.

N. V. P.—Palma.—Si afina un poco es seguro que á la segunda remesa entra.

Cogolludo.—Sí, señor, muy cogolludo.

ROLANDO.

IMPORTANTE.—Este semanario concederá la corresponsalia, en las poblaciones donde no tenga relaciones, á quienes lo soliciten y den buenas referencias. Dirigirse al señor Administrador del mismo.

CANTARES

Eres fría como el mármol,
y dura como la roca,
pero tienes mucho garbo
y mucha sal en la boca.

* *

No presumas de señora,
ni gastes tanta etiqueta,
que tú te alquilas por horas
igual que una bicicleta.

MANUEL C. GARCÍA.

QUISICOSA

Un español redegado
que se llama Abd-el-Kader
es jefe de artillería
entre la morisma infiel.

De un golpe lo han hecho jefe,
y según he leído ayer
lo miman tanto, que tiene
el entorchado al *kader*.

Si de esto Weyler se entera
se va á escape á Marrakés.

MACLASA.

Droguería, Perfumería y Fábrica de Barnices

DE Y. RODRIGO

Barniz especial, amarillo y negro para Guardia civil y Carabineros. Frasco con contenido para un año, 1,75 pesetas.

90, CALLE DE TOLEDO, 90 (FRENTE A LA FUENTECILLA)

MADRID

SOLUCION BENEDICTO

de glicerofostato
de cal con

CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escoliosis, etc. Frasco, 2,50 pts. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves. — Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACIÓN

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea.

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, en forma encuadernable y traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales, cuentos que tendrán una extensión de 30 ó 40 páginas en 4.º menor.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.